

Joan Gich: «Madurez en Subirachs», *Tele/Expres*, 10 de marzo de 1967

Subirachs ha dicho: «Ahora vuelvo a la figuración. Es decir, a una nueva figuración. La figuración era antes representativa, volvía a presentar un hecho real: la Rendición de Breda, Napoleón cruzando los Alpes, un bodegón sobre una mesa. Mi figuración no representa: significa». Subirachs tiene 40 años, edad de plena madurez. Y a los cuarenta años presenta una exposición interesante, magnífica y reveladora del momento en que se encuentra su arte. La exposición es amplia. La componen 34 esculturas. He pasado mucho rato contemplándola y admirándola, porque la misma marca un momento revelador del quehacer de Subirachs, que se afirma como uno de los escultores más importantes de nuestros días.

Todas las obras están tratadas con minuciosidad cuidada, con técnica precisa, que en algunos momentos adquiere calidades de orfebre. Subirachs parte de una realidad concreta, de un hecho real determinado y desde el mismo inventa su desarrollo. Pero lo hace con sentido cartesiano. Nada queda libre, nada aparece desperdigado. Existe rigor formal, lleno del mejor clasicismo, en tanto que está sujeto a una evolución precisa e implacable. Toda la obra de Subirachs tiene un alfa y omega que el escultor ha previsto, pensado y desarrollado. En este sentido, la exposición de Subirachs es de una absoluta perfección.

El espíritu lucha con la materia y ésta se muestra dominada, fértilmente elaborada por una mente lúcida que sabe lo que quiere, cómo lo quiere y demuestra y expresa plásticamente cuanto desea decir. No hay vacilaciones en la exposición de Subirachs. Todo está resuelto sin un fallo, sin un titubeo. Desde la realidad, se crea un mundo de fantasía y evasión, un ser y no ser, presencias y ausencias que tienen un toque lleno de imaginación, una carga mágica extraordinaria. En todas y cada una de las piezas se observa una aventura espiritual apasionante, se percibe que nada se ha dejado al azar, que todo ha estado perfectamente, lucidamente, pensado, ejecutado y resuelto. La escultura posee unidad, a partir de los elementos que la engendran y la forman, y esta unidad, se trasvasa a una pluralidad que, a su vez, repite el ciclo. Todo tiene cohesión armónica.

Hay una repetición de elementos con los que el escultor juega: huecos, que contienen objetos diversos: piezas de ajedrez, piezas funcionales de bronce, hornículas que encierran el perfil preciso de un rostro y, al lado, su vaciado –afirmación y negación- al mismo tiempo; la constante repetición del muñeco «manekenpis» de Bruselas –en recuerdo de sus años pasados en aquella ciudad, superficies bruñidas, trabajadas, envejecidas amorosamente, surcadas de calidades; elementos que engendran formas; elementos que surgen de las propias formas, etc., etc. Todo en la escultura de Subirachs, en esta nueva figuración, está previsto, todo tiene una significación, exacta y concreta.

La exposición –insistimos en ello- es importante. Sin duda, una de las más importantes que ha realizado, por el número de obras expuestas y por la significación de las mismas. Subirachs tiene cuarenta años. Ha estrenado esta

cifra, decisiva en la vida de un hombre, con una muestra de su escultura, reveladora y magnífica.